

PAUTAS PARA UNA DISCUSIÓN SOBRE EL FUTURO DE LA INVESTIGACIÓN URBANA EN AMÉRICA LATINA⁺

*José Luis Coraggio**

RESUMEN

Después de analizar la historia reciente del paradigma planificador, confrontándolo con la emergencia del “paradigma de la democracia”, el trabajo examina los problemas no resueltos y los avatares de la “investigación urbana”, en la búsqueda por construir un objeto propio: “lo urbano”. En un tercer momento, se presentan algunas propuestas que podrían contribuir a la revitalización de un discurso colectivo sobre lo urbano.

Una manera fructífera de presentar la temática propuesta es la de ver a la investigación urbana en su interrelación histórica con el desarrollo de, al menos tres procesos: el de la planificación urbana, el de la actividad científica en general, y el de los movimientos sociales urbanos. Intentaré plantear algunas ideas sobre todo con referencia a los dos primeros procesos, que estuvieron desde el inicio en estrecha vinculación con el desarrollo de la investigación urbana, para referirme más tangencialmente a la relación con los movimientos sociales urbanos.

Sin pretender reconstruir nuestra historia como investigadores urbanos, sino sólo dar pautas para la auto-comprensión de la misma y pensar su posible futuro, podríamos plantear la problemática de la investigación urbana, en su interrelación con la planificación y la actividad científica en general, de la siguiente manera:

1. Investigación y planificación urbana

⁺ **Sociológica** año 7 número 18. Nuevas rutas de la investigación urbana. Enero-abril 1992.

* CIUDAD /FLACSO, Ecuador

i) La discusión sobre el modelo de decisión pública se centró usualmente en los aspectos relacionados con la adecuación de medios (asignación de recursos, instrumentos de política) a fines (objetivos, metas). Planificar implicaba eficacia y además eficiencia en esa relación. El problema central era uno de diseño: realizar bien los cálculos para diseñar unas políticas coherentes. Un problema subsidiario era el de la implementación de planes y políticas, centrado a su vez en la coordinación entre niveles e instancias del aparato de gobierno: lo macro, lo sectorial, lo regional, lo local, los proyectos particulares. Esto tenía también más relación con el diseño de los planes que con la gestión misma. Planificación equivalía a racionalización, según una racionalidad instrumental y globalizante¹.

ii) Adicionalmente se podía llegar a plantear una discusión sobre los objetivos mismos. Dentro del esquema anterior, esto se centraba en el análisis de las ventajas relativas de los diferentes objetivos. En particular, la contraposición entre “eficiencia” (identificada con el resultado que produciría presumiblemente un mercado libre, particularmente respecto a la variable de crecimiento económico) y equidad (entre regiones, entre barrios, entre sectores sociales, etc.), ocupó un lugar privilegiado en esta discusión. Aquí, un sector hegemónico entre los planificadores, tendió a asumir como propio de la planificación el objetivo de la equidad. Esta postura pudo sustentarse en la misma contraposición entre mercado (= “eficiencia”) y plan (= intervención necesaria para corregir los efectos sociales del mercado). La evidencia para la prueba se basaba en la crítica teórica a la teoría neoclásica del mercado, demostrando la imposibilidad de que, al menos en nuestros países, produjera tanto eficiencia (des-economías externas, precios de futuro, etc.) como equidad (círculos viciosos de la pobreza, etc.) Quienes se centraban en el primer aspecto, tendían a proponer transformaciones estructurales que, desde un nuevo punto de partida, permitieran que el libre juego del mercado mantuviera automáticamente tendencias más armónicas. Quienes se centraban en el segundo aspecto, tendían a proponer medidas exógenas compensatorias, que siempre requerirían su renovación como decisión de política estatal.

iii) En cualquiera de ambos casos, planificar implicaba investigar, para realizar diagnósticos sobre el valor de las variables pertinentes al modelo de planificación (variables objetivo, variables instrumentales), sus tendencias futuras (prognosis), y el cálculo de los valores que debían tomar las instrumentales (“políticas”) para conducir causalmente a los valores deseados para las variables-objetivo. Fundamentalmente se trataba de estimar valores actuales y tendencias empíricas de variables de un modelo

¹ Para ideas adicionales sobre esto puede verse: José L. Coraggio, 1991.

con un fuerte contenido tecno-económico. Sin embargo, más allá de la ilusoria exactitud de esos modelos, no podían brindar más que un cuadro grosero de tendencias posible o deseables respecto a procesos como la urbanización, la distribución especial y sectorial de recursos, población y actividades, etc.

iv) En lo relativo a la implementación de los planes y a la gestión de las políticas, los agentes privilegiados eran las agencias estatales, bajo cuyo control administrativo estaban las diversas variables del modelo. Los agentes sociales, en sus roles de productores o consumidores, eran vistos como mediadores entre las variables instrumentales y las variables objetivo: dados sus modelos descentralizados de decisión, las políticas debían inducirlos paramétricamente a cambiar su comportamiento en la dirección congruente con las metas del plan. Un problema nunca resuelto de la investigación para la planificación, fue que el conocimiento empírico sobre tales modelos de decisión fue generalmente sustituido por tipos ideales (racionalidad perfecta, etc.), cuya hipóstasis fue más allá del papel epistemológicamente legítimo para tales conceptos.

v) La comprobación empírica de que los planes raramente eran encarnados en las políticas efectivas de los gobiernos, y /o de que la respuesta de los agentes descentralizados rara vez confirmaba las hipótesis de los planificadores, fue conduciendo a otro tipo de investigación: la dirigida a explicar por qué la planificación no funcionaba según lo esperado, el por qué del doble discurso de los políticos, el papel de los agentes privados y las corporaciones en influir sobre las políticas efectivas del Estado, etc. Esto llevó también a analizar en mayor profundidad los procesos propios del capital, que aparecía como la fuerza urbanizadora predominante, y a comenzar a ver al Estado como aparato encubridor o representante de los intereses del capital en general. Esto fue impulsado por la entrada de la sociología marxista en el campo de lo urbano.

Buena parte de la prueba para sustentar la planificación como proceso de racionalidad superior a la lógica del capital, se basó en el intento de demostrar la imposibilidad estructural de que el mercado capitalista pudiera resolver los problemas sociales asentados en las ciudades. La investigación urbana comenzó a desprenderse de la necesidad de estimar variables para los modelos de planificación, y pasó a concentrarse relativamente en hacer la crítica de la urbanización resultante de la interacción entre el mercado y el estado capitalistas, muchas veces desde una perspectiva teórica fundamentada en valores anticapitalistas, más que en conocimientos empíricos producidos según el método científico. La planificación urbana fue para muchos cada vez más un ideal sólo realizable luego de la necesaria

revolución social, a la vez que una práctica técnico-ideológica funcional al sistema.

vi) Sin embargo, una variante paralela, fue ver a la planificación urbana como espacio para la lucha política. Esto vino asociado al énfasis en los nuevos movimientos sociales urbanos, presumiblemente poli-clasistas y objetivamente anticapitalistas, organizados alrededor de las antes consideradas contradicciones secundarias (consumo, género, generación, medioambiente, etc.) También vino junto con el surgimiento de versiones participativas, tanto de la planificación como de la investigación. La sustentación de una planificación participativa podía tener dos vertientes: una, basada en el valor mismo de la participación y la democracia, otra, de corte funcionalista, que comenzaba a ver la imposibilidad de resolver los problemas urbanos, sin que las mayorías urbanas asumieran esos problemas y generaran recursos específicos para sustentar otro modo de urbanización.

Consecuentemente, procesos que antes eran vistos como argumento anticapitalista, fueron reinterpretados con un nuevo sentido (de la autoconstrucción como auto-explotación, a la autoconstrucción como modo popular de urbanización, de la subsunción capitalista del trabajo doméstico, a la economía de la solidaridad, etc.), como anticipaciones populares de una nueva sociedad. El estado y su planificación dejaron de ser el lugar disputado para fundar la nueva lógica social, y el anti-estatismo movió el péndulo hacia "la sociedad". Cuál de estas tendencias paralelas predomine hoy dependerá de la coyuntura local (planificación participativa en el Sao Paulo del PT, economía de la solidaridad en el Santiago heredado de Pinochet, etc.).

vii) Una definición de la planificación fundada en el concepto de racionalidad instrumental, llevó también a admitir que mientras el gran capital necesariamente planifica, el estado está imposibilitado de hacerlo por razones estructurales y por los modos de funcionamiento del sistema político (cortoplacismo, oportunismo, electoralismo, etc.). La perspectiva del modelo socialista centrado en el estado, jugó su papel en mantener esa concepción. Actualmente es posible reabrir la discusión sobre la racionalidad plena, donde la relación medios-fines sólo adquiere su sentido cabal, en el contexto de una argumentación sobre los valores que están detrás de fines, y también de medios específicos. El paradigma de la democracia y el diálogo, viene a colorear desde otro ángulo los objetos de la investigación urbana: la participación aparece como un valor en sí mismo, aún si implica ciertas ineficiencias, en tanto el ideal de emancipación humana, requiere una comprensión de los propios problemas y de los de los otros, en el contexto de los problemas globales de la sociedad. Una comprensión que era impensable sin el ejercicio de la participación en el diagnóstico de los

problemas, en la búsqueda de alternativas de acción y en la gestión de las mismas.

Sin embargo, la naturaleza de los procesos urbanos que sufren y seguirán sufriendo nuestros países, plantea otros requerimientos adicionales: la comprensión del sentido de los procesos de escala mundial que están determinando la problemática urbana, cada vez menos local en sus causas. ¿Cómo conjugar la participación directa de los ciudadanos con procesos de orden supralocal, supraregional e incluso supracontinental, cuyos sujeto-agentes no sólo son difíciles de sentar a la mesa de concertación política, sino incluso de identificar?

viii) Otro problema que se abre es el siguiente: mientras en la época del paradigma planificador se daba por descontado que los valores de la racionalidad instrumental eran universales e indiscutibles, el paradigma de la democracia supone que los valores mismos deben ser materia de argumentación y consenso sobre bases racionales. ¿Qué peso debe tener lo estatal o lo privado en la vida urbana? ¿Qué jerarquía de derechos humanos (satisfacción de las necesidades de todos o libertad de iniciativa) debe primar en nuestras ciudades? ¿Qué tiempos deben regir las regulaciones de la vida urbana: el tiempo del sostenimiento de las bases bioambientales de la vida, o el tiempo de las estrategias de sobrevivencia inmediata? ¿Qué incluye el concepto de calidad de vida, y en qué orden deben priorizarse sus elementos?

Las respuestas a éstas y otras cuestiones no podrían ya ser presupuestas por los investigadores o planificadores urbanos. Ni podría suponerse que el gobernante de turno expresa automáticamente la razón de las masas².

Lo que abre el siguiente problema: ¿cómo generar y sostener un espacio de expresión y diálogo, donde no impere el substancialismo ni el oportunismo, donde el razonamiento compartido permita construir consensos genuinos, cuando el punto de partida es el de una creciente polarización social? Estamos ya en el terreno de las dificultades de la racionalidad práctica, de una comunicación social libre de manipulaciones tendientes a legitimar un régimen o un sistema, un terreno donde hay múltiples puntos de ubicación: el estado, los diversos movimientos sociales urbanos, las corporaciones de intereses, la investigación académica, el sistema político, los medios de comunicación masiva, etc. etc.

2. Investigación urbana y vida académica

² Recuerdo vivamente cómo los planificadores urbanos mexicanos determinaban los objetivos de los planes que diseñaban en los setenta: leyendo y releendo los discursos presidenciales!

La denominada “investigación urbana” es una rama de la investigación social, cuyos avatares hasta el presente vienen mostrando problemas no resueltos, algunos de los cuales comparte con otras ramas de la investigación, mientras que otros le son peculiares.

i) Un primer problema, es el de si estas investigaciones se caracterizan por hacerse dentro del campo de una ciencia particular, denominada “ciencia urbana” o algo así, con un objeto teórico propio, sobre el cual se han discernido leyes diferenciadas de otras leyes, específicas de otros objetos sociales, o si se trata de un “campo de aplicación” de teorías, de particularización de leyes producidas por diversas ciencias sociales (sociología urbana, economía urbana, ecología urbana, etc.) A mi juicio, la pretensión de constituir una disciplina científica diferenciada, ha gastado mucha energía inútilmente.

ii) Aún aceptando que no hay una ciencia de lo urbano, queda por dilucidar qué es lo urbano mismo, desde el punto de vista empírico. El punto de referencia más sólido parecería ser el que lo refiere a las aglomeraciones denominadas urbanas, las ciudades como locus, y lo que en ellas transcurre. “Urbanos” serían entonces los fenómenos sociales, económicos, políticos y también naturales, que se dan en los ámbitos llamados urbanos. Un primer problema de esta definición es que en general los ámbitos significativos, desde la perspectiva de los citados procesos, no son exclusivamente urbanos (son regionales, urbano-rurales o incluso transnacionales), por lo que el recorte del área urbana como locus es generalmente arbitrario. Un segundo problema es que, aún si hubiera procesos que se clausuran en el ámbito de cada ciudad, no necesariamente serán característicos de esos asentamientos, pudiendo darse también en áreas rurales.

iii) Por otra parte, si se adopta el punto de vista de que nuestro objeto de investigación son los procesos, estructuras y fenómenos en que se insertan los habitantes de las ciudades, el campo de trabajo se vuelve excesivamente amplio. Se hace necesario investigar los procesos de re-despliegue industrial asociados a las nuevas tecnologías, los procesos de legitimación política, los procesos de formación del sentido común, el sistema financiero nacional, los procesos ecológicos, etc. etc. Y sin embargo, si algo hemos aprendido de estas décadas de “investigación urbana”, es que, sin ese nivel de contextualización, la vida urbana se disecciona en nuestros trabajos o sencillamente se nos escapa.

iv) Hay otra respuesta dada a esta cuestión: los especialistas en problemas urbanos se centrarían en estudiar cierto aspecto de los fenómenos y procesos que constituyen la vida urbana: el relativo a su espacialidad.

Nuevamente, esta respuesta es difícil de admitir, en tanto caben dos alternativas: o se toma la espacialidad al nivel de los rasgos más aparentes de la configuración territorial de los fenómenos, en cuyo caso nos quedamos cortos de una explicación o interpretación (los intentos de determinar leyes puramente espaciales de lo espacial han fracasado), o bien pretendemos explicar e interpretar las formas espaciales urbanas, lo que ya se ha demostrado que requiere verlas como aspecto de procesos sociales políticos, económicos, etc., y nos lleva a la alternativa indicada en el punto anterior³.

v) La dificultad real de encontrar una respuesta teóricamente satisfactoria a esta cuestión ha llevado a dejarla crecientemente de lado, con lo que la institucionalidad de los centros de estudios urbanos termina abarcando un ramillete de estudios, que sin duda tienen que ver con la vida urbana, con lo que pasa en las ciudades, con los problemas sociales que experimentan los habitantes de las ciudades, en un rico pero asistemático mosaico de "temas". Algunos de esos estudios intentan ubicar lo local en contextos más amplios, otros producen taxonomías, otros siguen, describen e interpretan casos, etc. Para cada una de estas actividades se utilizan variados marcos teóricos, ubicados en diversas ciencias sociales y humanas, y variadas metodologías. Esta es una manera colectiva de asumir de hecho la inexistencia de una ciencia urbana, de un objeto teórico diferenciado, de metodologías específicas.

vi) Como consecuencia, este campo es claramente tributario -teórica y metodológicamente- de las ciencias sociales, las mismas que hoy se acepta generalmente que están pasando por una crisis denominada de "paradigmas". Esto sólo contribuye a hacer menos sistemático y más variado el mosaico arriba mencionado. En estas circunstancias, cabe preguntarse qué ocurre con el sujeto de la investigación urbana. Si suponemos que la constitución de un objeto de estudio, de una nueva ciencia, o las rupturas históricas dentro de campos científicos, van acompañados de procesos subjetivos de constitución y cambio de la denominada "comunidad científica", deberíamos plantear al menos la hipótesis de que el conjunto de los investigadores de lo urbano, está lejos de constituir una comunidad sustantiva, lo que no impide que haya coexistencia, intercambios y encuentros de variado tipo.

Pero en la actualidad no habría ni el paradigma común ni siquiera un par de paradigmas en disputa, pretendiendo dar respuesta a un mismo problema científico (lejos estamos de los '70 con aquella definición de la cuestión urbana y de la ciudad como lugar de reproducción de la fuerza de trabajo, por la sociología marxista, compitiendo con el paradigma neoclásico que veía a

³ Sobre esto puede verse: José L. Coraggio, 1987.

la ciudad como aglomeración genéticamente explicable por las leyes de los rendimientos y las economías externas, y su configuración interna explicable por la renta diferencial de posición)

No habría tampoco el nivel generalizado de crítica cruzada que caracteriza a las comunidades científicas, donde cada hallazgo es sometido a cuidadoso escrutinio por otros, pues se considera tan creativo plantear nuevas hipótesis propias, como contrastar y falsar las ajenas. Predominaría una “coexistencia pacífica” entre diversos problemas, temas, enfoques disciplinarios y metodologías.

En todo caso, un problema que creo que ha tenido este campo en todo su desarrollo, ha sido el de la legitimidad misma de su existencia. Si su fundamento como ciencia no logró consolidarse, y si su eficacia para prácticas sociales como la planificación urbana ha sido limitada, ¿cómo puede legitimarse su existencia (y por lo tanto la asignación de recursos para su desarrollo futuro) más allá de la mera tradición de su existencia? Y cuando hablo de legitimidad me refiero a su reconocimiento pleno, tanto por la más amplia comunidad de científicos sociales, la de científicos en general, la de agentes sociales y estatales vinculados a las ciudades y sus problemas, y, por último, la de la sociedad en su conjunto.

Es más, si está sobreviniendo un proceso de trastrocamiento no sólo material sino en el orden de las ideas, y en particular de las ideas científicas y su posición en la cultura contemporánea, ¿qué posibilidades tiene este conjunto de recursos humanos y materiales, de tradiciones investigativas, de instituciones, de no sólo sobrevivir sino de desarrollarse y plantearse como significativo para la época? Tal vez estamos demasiado acostumbrados a pensar en términos de la aparición de nuevas disciplinas, como desgajamiento de corrientes más amplias (el caso más patente son las ciencias sociales y humanas desprendidas de la filosofía), para poder pensar en la eventual desaparición de disciplinas, pero deberíamos pensar en esa posibilidad, sobre todo porque en nuestro caso se acentúa, pues se trata de un campo tributario de ciencias mayores, las que, como parte de su respuesta a la crisis, podrían reabsorber en su seno estos problemas pretendidamente específicos, en su proceso de reconstitución.

3. Un posible camino para la investigación urbana

Si bien no se trata de retomar la pretensión de la autonomía, ni de acudir al rescate de una disciplina que ha perdido momentum, tiene sentido pensar cómo puede darse renovada fuerza a este campo, dando sentido más estratégico a sus recursos e instituciones, como contribución a la necesaria revitalización de las ciencias sociales en general. En esa dirección van las

notas siguientes, no con el ánimo de decir qué hay que hacer, sino de aportar a una discusión colectiva⁴.

i) En primer lugar, si bien puede ser válido intentar aproximaciones a lo urbano que sean objetivas, al estilo de las ciencias naturales⁵, el hecho de que estamos trabajando con procesos culturales, hace necesario tener en cuenta aquella propuesta de Max Weber⁶: es no sólo oportuno sino necesario tomar un punto de vista explícito, para “colorear” la maraña de fenómenos urbanos. Esto implica que los problemas reales que detonan las investigaciones, los objetos de estudio y las metodologías, sean seleccionados y encarados a la luz de esa perspectiva particular adoptada. Esa perspectiva contribuye a forjar un sentido para la investigación y a orientar desde allí, decisiones relativas a la selección de marcos conceptuales.

En otros trabajos⁷ he propuesto que una de esas perspectivas puede ser la de los intereses estratégicos de los sectores populares urbanos, a partir de la situación de creciente exclusión y deterioro de las condiciones de vida que se pueden entrever, a partir de las propuestas estratégicas del neoliberalismo y sus aparatos. Sin embargo, esa no es la única posible, ni la única legítima. Se puede retomar la perspectiva de una racionalidad abstracta, instrumental, que simbolizaría una sociedad más transparente en la relación entre los objetivos y los medios proseguidos colectivamente a través del estado. O se puede asumir como cuestión central la de la reinserción económica en el nuevo orden mundial. O se puede adoptar la perspectiva de las tendencias a la desintegración-dualización social, planteando nuevamente el objetivo de la integración y la superación de las tendencias anómicas. O se puede plantear la perspectiva de la gobernabilidad. O la de la democracia como sistema. O la de la pobreza urbana.

Más que intentar imponer una perspectiva, de lo que se trataría es de reclamar que cada investigador o grupo de investigadores adopte y /o explicité alguna, despojándose de la pretensión de estudiar las cosas “tal como éstas son”, sin valores de por medio. Así, el campo se constituiría como un campo pluralista, donde se desarrollarían controversias sobre la naturaleza de los fenómenos, esgrimiendo argumentos sobre la rigurosidad

⁴ Un mayor fundamento de las ideas que se esbozan a continuación puede encontrarse en: “Desafíos de la investigación urbana desde una perspectiva popular en América Latina”, incluido en José L. Coraggio (Ed.) (1991). Ver también: Varios Autores La investigación urbana en América Latina, Vol. 4; Conversaciones sobre los caminos por recorrer, CIUDAD, Quito, 1991.

⁵ Como puede ser el ejemplo de investigar las tendencias empíricas de las migraciones, reduciendo ese fenómeno al desplazamiento territorial de habitantes.

⁶ Ver: Max Weber, (1973).

⁷ Ver nota 4.

de los datos, sobre los marcos teóricos que subyacen tras ellos, sobre los marcos más amplios de interpretación. Sobre esa sólida base de estudios y perspectivas, irían surgiendo nuevas síntesis y propuestas sobre el sentido del movimiento global de la vida urbana.

Algo que tienen en común todas las alternativas arriba señaladas es su alcance, básicamente “no urbano”, sino de una amplitud societal, en todo caso aplicadas a ámbitos urbanos (con todos los problemas ya señalados en el acápite 2). Esto sí nos parece una necesidad ineludible para lograr ese fortalecimiento del campo: vincularse expresa y sistemáticamente con las grandes problemáticas de nuestro tiempo.

ii) Paralelamente a lo anterior, sería importante entender y profundizar una actitud crecientemente presente en el campo: la de hacernos cargo de la realización de los productos de nuestra investigación. Esto implica entablar relaciones expresas con agentes sociales o políticos, privados o estatales, que contribuyan a determinar la relevancia, o a precisar las cuestiones encaradas por la investigación, y que a la vez se garantice que nuestros productos tienen una demanda social efectiva. Esto no implica dejar de lado la objetividad del proceso investigativo, cuya rigurosidad hará más valiosos y valorables por dichos agentes los conocimientos producidos.

Esta relación no es sólo una opción política acerca de la inscripción social de la investigación, sino que contribuye a satisfacer una condición de la investigación empírica: la corroboración de nuestras ideas a través de la práctica, en tanto implica producir no sólo proposiciones sobre cómo es la realidad, sino traducirlas en términos de reglas de acción social, cuyos resultados pueden ser evaluados sistemáticamente, en la medida que el investigador acompaña el proceso de implementación de las propuestas. Esto contribuiría a superar un modo excesivamente académico de validar las ideas, cuya debilidad se hace manifiesta cuando advertimos la precariedad ya señalada de la comunidad científica misma.

Sin embargo, hay otras formas de asegurar una apropiación social de los conocimientos, sin tener que incurrir en una participación activa en las acciones que informan. Una es la de hacerse cargo de la comunicabilidad e inteligibilidad de nuestras ideas, escribiendo o hablando menos para los pares que para los agentes sociales mismos. Esto implica adoptar otras formas de discurso, como el periodístico, y /o asumir la tarea de comprender los códigos matrices de comprensión de los sectores a los cuales va dirigido. Una forma intermedia es la de incorporar, como parte del proceso investigativo, la formación y capacitación de agentes en la materia investigada.

iii) En este momento, que ha sido caracterizado como de “crisis de los paradigmas”, creo que no cabe ni la pretensión de contemplar la realidad sin

teorías ni hipótesis previas, ni el sentarse a esperar que las ciencias sociales produzcan los nuevos paradigmas. Por el contrario, desde campos particulares de investigación como el urbano, puede contribuirse decisivamente a superar esa situación. Esto implica asumir como propia la tarea de pasar del diagnóstico sintético (“hay crisis de paradigmas”) a la investigación epistemológica sobre cómo funcionó la relación entre valores, teorías y métodos en este campo específico, en qué medida la tal crisis es la percepción compartida de condiciones que siempre existieron en el campo (ausencia de un paradigma, ineficacia empírica de paradigmas superficialmente compartidos, proposiciones más ideológicas que científicamente orientadas, etc.), qué características especiales tiene esta coyuntura, dado el contexto de transición de una realidad mundial a otra aún en proceso, etc. etc.

Avanzar en ese sentido implica entrar en contacto con otras comunidades científicas, agregadas a partir de otros tantos campos de aplicación de las ciencias sociales (estudios agrarios, estudios industriales, estudios sobre el desarrollo, estudios sobre la mujer, estudios sobre tecnología y gestión, etc.), para compartir una necesaria reflexión sobre la experiencia de relación entre esos campos así definidos y las ciencias sociales y humanas. Implica también la profundización y actualización de los investigadores en las disciplinas centrales.

iv) Otro aspecto relevante tiene que ver con el hecho de que, sobre todo en la medida en que nos hagamos cargo de plantear propuestas para la acción social y política, nuestros objetos de estudio están definidos transdisciplinariamente. En esto creo que más que volver a plantear la interdisciplina –que rara vez pudo integrar satisfactoriamente el objeto real a partir de las parcialidades-, hay que encarar la tarea de volvernos, a nivel personal o de grupo, transdisciplinarios en nuestra formación y nuestra aproximación a la realidad. En cualquier caso, es necesario reafirmar el papel de las teorías y seguir evitando las ilusiones del proyecto empirista de aprehensión de la realidad, el que ya ha sido probado imposible, incluso para las ciencias naturales.

v) En la medida que se asuma una actitud no contemplativa ante los problemas urbanos, incorporando la tensión de la necesidad de producir propuestas viables para transformar la realidad en un sentido progresivo, surgen nuevas tareas. Una es, paradójicamente, la de hacerse cargo de las utopías sociales y su proyección en las sociedades urbanas, en la medida que son elementos fundamentales para la constitución de las ciencias empíricas⁸. Otra es la de, más allá de tomar partido e incluso establecer

⁸ Sobre esto, véase Hinkelammert, (1984).

vinculaciones con determinados agentes sociales, contribuir al desarrollo de un discurso colectivo sobre lo urbano, orientado por los principios de diálogos y la construcción de consensos⁹.

Esto supone un investigador que desarrolle capacidades como comunicador-mediador, y a la vez introduzca en el puro encuentro de intereses, la posibilidad de argumentaciones fundadas en investigaciones rigurosas sobre las posibilidades objetivas de las acciones sociales y políticas, sobre los costos de oportunidad de avanzar a favor de ciertos intereses en relación a otros, etc. Un investigador que pueda reconocer los “problemas urbanos” como problemas de determinados grupos o sectores, o desde determinadas perspectivas, antes que como disonancias respecto a un modelo de sistema, cuya racionalidad se defina tecnocráticamente, sin sujeto. Supone, por lo mismo, hacerse cargo de cuestiones usualmente relegadas como no sociales, como “tecnológicas”, que son esenciales para establecer los límites entre utopía y realidad.

vi) Finalmente, en esta lista que no pretende ser taxativa sino indicativa, creo que debe considerarse la posibilidad de asumir como tarea, un seguimiento más cercano de la coyuntura pertinente a la vida urbana, mediante investigaciones cortas, indicadores claves actualizables fácilmente, encuestas recurrentes a actores claves, aproximación a problemas resolubles en el corto plazo, o con soluciones visualizables por los agentes, a partir de sus propias prácticas, etc. Esto no implica dar menos importancia a las investigaciones de más largo plazo, ni dejar de lado nuestras hipótesis estructurales, sino dar la jerarquía que tienen, a un tipo de trabajos usualmente no bien valorados por la comunidad académica y /o por sus agentes de financiamiento.

⁹ Sobre esto puede verse Habermas, (1989a; 1989b).

BIBLIOGRAFÍA

- Coraggio, J.L. (1987) "Sobre la espacialidad social y el concepto de región", *Territorios en Transición*, Quito, Ed. CIUDAD.
- Coraggio, J.L. (1991a) Consideraciones sobre la planificación urbana posible en los 90, ponencia presentada en el encuentro "Ciudades, gobiernos locales y políticas urbanas, julio 15-19 de 1991, Quito.
- Coraggio, J.L. (1991b) *Ciudad sin rumbo. Investigación urbana y proyecto popular*, Quito, SIAP /CIUDAD.
- Coraggio, J.L. ed. (1990) *La investigación urbana en América Latina*, Vol. I, *Las ideas y su contexto*, Quito, Ed. CIUDAD.
- Habermas, J. (1989a) *Teoría de la acción comunicativa. Tomo I, Racionalidad de la acción y racionalización social*, Buenos Aires, Taurus.
- Habermas, J. (1989b) "El contenido normativo de la modernidad", en *El discurso filosófico de la modernidad*, Buenos Aires, Taurus.
- Hinkelammert, F. (1984) *Crítica a la razón utópica*, San José DEI.
- Varios Autores (1991) *La investigación urbana en América Latina*, Vol. 4, *Conversaciones sobre los caminos por recorrer*, Quito, Ed. CIUDAD.
- Weber, M. (1973) *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.